

ORACION
PRONUNCIADA
EL DIA 16 DE SETIEMBRE DE 1845
POR EL CIUDADANO
FERNANDO OROZCO
Y BERRA,
DE LA SOCIEDAD LITERARIA
DE PUEBLA.

PUEBLA 1845

COLECCION DE DISCURSOS PATRIOTICOS
JORGE DENEGRÉ VAUGHT PEÑA

ORACION

PRONUNCIADA

el día 16 de Setiembre de 1845

POR EL CIUDADANO

FERNANDO OROZCO Y BERRA,

socio promovedor y fundador

DE LA SOCIEDAD LITERARIA

DE PUEBLA.



INVICTA PUEBLA.

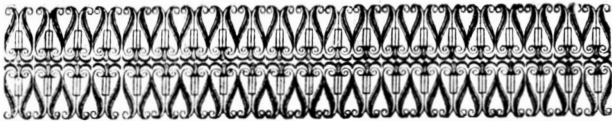


Imprenta de Juan Nepomuceno del Valle.

CALLE DE LA CARNICERIA NUM. 12.



1845.



CIUDADANOS.

AL agolparos á mi derredor el gran dia destinado por la republica para recordar los heroicos hechos y ensalzar los esclarecidos nombres de nuestros padres, no esperéis que un jóven oscuro, sin talento y sin saber, sepa en elevados discursos realzar un mérito superior á toda alabanza: yo no conozco los resortes del corazon ni poseo otra elocüencia que la que me inspiran mis afectos, y aunque sé adorar con todo el fuego de la juventud á los heroes de mi patria, mi lengua es torpe, mezquino mi talento para debidamente celebrarlos. Mis palabras empero, incultas y desaliñadas, alentarán en vuestros pechos la llama del entusiasmo, y al recordaros que muchos de vosotros erais esclavos, y que hoy vosotros y yo somos libres, y podemos mirar al mundo con la frente levantada, nuestro regocijo y nuestro orgullo serán el mejor trofeo conquistado por nuestros padres.

Si, ciudadanos; algunos de vosotros erais esclavos, esclavo era todo un pueblo que no osaba levantar los ojos á su señor por miedo de que le hiriese: mas este pueblo despertó de su letargo de tres siglos á la voz de un hombre ignorado y pacífico, que al lanzarel grito

de libertad no tenia otra esperanza que sus grandiosos deseos, ni mas armas para combatir que su valor y su justicia.

Este hombre era Hidalgo, el gran sacerdote de nuestra iglesia, el verdadero ministro de Dios, el primero de nuestros héroes; pero no el héroe comun que engrandece á su patria engrandeciéndose á sí mismo, no el campeon vulgar que se sacrifica á la ambicion ó á la gloria; sino nuestro redentor social, el hombre magnánimo que quiso ser el precio de nuestra libertad, sin otro anhelo que el bienestar de sus hijos: porque siendo él el precio no podia gozar del bien rescatado, y al proclamar la independencia no convocó al pueblo para que le siguiese á la cumbre de la grandeza, sino que quiso, puesto que lo sabia, que su tumba fuese el primer escalon al templo de nuestra libertad. . . . Pero basta; no un elogio frio y vulgar empañe mérito tan esclarecido, no en lugar de ceñir un nuevo laurel á la frente del héroe, marchite con mi aliento los que supo ganarse conquistando nuestra independencia.

¿Y negaremos un recuerdo á los demas invictos varones que le siguieron al campo de batalla, para alcanzar á su lado el prest de la victoria? ¿olvidaremos á los demas esforzados patricios que dejaron su reposo y su bienestar porque hoy le gozaramos nosotros? Seria una ingratitud, una vileza que pasasemos en olvido á esos hombres magnánimos que saltaron á la arena movidos por el entusiasmo, y de ciudadanos pacíficos se convirtieron, á fuerza de voluntad, en grandes políticos, valerosos guerreros, sábios generales. Ecsageradas parecerán estas palabras á muchos de aquellos que no mirando en nuestro levantamiento sino el desórden consiguiente á toda revolucion, ni otra cosa que los yerros, hijos de la inesperienza en nuestros libertadores, los juzgan hombres comunes sin otro mérito que la audacia: pero sus hechos no deben valorizarse absolutamente, sino considerando los mezquinos elementos que contaban al emprender la emancipacion de su país: y aun cuando solo se tenga en cuenta el resultado de sus fatigas, ¿cuál accion mas grande y mas honrosa para cualquier hombre ilustre, que libertar á una nacion entera sin otro apoyo que un derecho hollado por un mo-

—5—

narca terrible, y que castigaba hasta los pensamientos? Desde Hidalgo hasta Iturbide nuestra historia no cuenta sino héroes; héroes cuyos nombres fuera en vano repetirlos, porque viven en nuestra memoria, y vivirán en la de todas las generaciones. ¿Quién ignorará sus nombres y sus virtudes? ¿quién desconocerá el valor y la grandeza que les fueron necesarios para sostener la guerra?

¡Ay! una guerra cruel y desastrosa en que el vencido no hallaba misericordia, ni saciedad el vencedor; la sangre y las lágrimas corrían á torrentes; la miseria y la horfandad alzaban su lastimero grito enmedio de los campos; la llama asolaba las ciudades, se trocaban suspiros por blasfemias, súplicas por imprecaciones: todo era horror y luto, desesperacion y esterminio. Era una lucha desigual entre un pueblo inesperto y miserable, y un rey prevenido y poderoso; eran los últimos golpes asestados por la tiranía, que en su furor destruye cuanto alcanzan sus manos! Diez años duró este combate espantoso; diez años de difícil prueba que nuestros padres sufrieron con increíble heroicidad. Ciudadanos: leed esa página sangrienta de nuestra historia y en ella aprendereis las virtudes de un verdadero patriota; que si se lastima el corazon al recordar sucesos tan dolorosos, el alma se engrandece al contemplar cuanta magnanimidad fué necesaria para acometer tan grande empresa y llevarla hasta su termino.

Este debia llegar al fin: el grito lanzado por el inmortal Hidalgo en el pueblo de Dolores, fue repetido allá en Iguala por el afortunado Iturbide, y los megicanos le vieron como el astro bienhechor que disipa las tinieblas despues de una noche borrascosa: el lúgubre clamor de la guerra se convirtió en el canto de júbilo que elevaba á su salvador todo un pueblo, el guerrero saboreó la paz junto al hogar doméstico, y la libertad se alzó de las ruinas del trono, goteando sangre y rasgadas las vestiduras, pero triunfante y victoriosa, única reina de una nacion que la rescatara con su sangre.

Megicanos: he aqui una palabra nada mas sobre la guerra de nuestra independecia; yo no he hecho sino despertar vuestros recuerdos; celebrad vosotros la glo-

—6—

ria, encareced el mérito de nuestros héroes, amadlos como yo, con el amor profundo y respetuoso que entorpece la lengua. Por ellos somos independientes; por ellos apareció en el mundo una nueva sociedad.

Mas, ¡ah! ¿qué importa que tengamos un lugar en los mapas, y un nombre propio en la Geografía? La independencia que ellos conquistaron no fue el objeto único de sus sacrificios, sino mas bien el medio de alcanzar la felicidad individual de los ciudadanos: felicidad siempre deseada y que no hemos probado todavía. ¿Dónde está la libertad y la abundancia que quisieron legarnos nuestros padres? ¿dónde la dulce paz que vimos brillar un momento sobre nuestro borrascoso horizonte? Treinta y cinco años hace que el inmortal Hidalgo proclamó la libertad en el pueblo de Dolores, y treinta y cinco que la Discordia clavó su estandarte sobre el palacio de los vireyes de Méjico! ¿Qué hemos visto sinó, desde el día glorioso en que el ejército trigarante pisó las calles de la capital de la república? una lid menos sangrienta que la pasada, pero mas dolorosa por ser fratricida; un combate sordo de encontradas pasiones en que el dolo y el coeche, la calumnia y el interes, el egoismo y la ambicion han sido los activos comburentes del incendio que está asolando nuestra patria, siempre una pretension oculta acechando el momento de apoderarse del mando, asi que los varios gobiernos que han podido establecerse no han hecho desde el primer día mas de preparar los medios necesarios para defenderse del enemigo que ha de venir á derribarlos. Y de aqui la miseria y el desorden; de aqui las continuas revueltas de nuestro ejército; de aqui, en fin, los males sin cuento de que en vano nos lamentamos y que en vano intentaremos remediar mientras dure su causa. ¡Oh! es triste, muy triste tener que ocultar una lágrima ó reprimir un suspiro al ver nuestro lamentable estado precisamente el día que la patria consagra al regocijo por los gratos recuerdos de nuestras pasadas glorias!

Pues entonces, me diréis ¿á que traer á los ojos espectáculo tan desconsolador? ¡á qué turbar nuestra alegría con pinturas funestas de miserias que todos sentimos y hoy queremos olvidar para entregarnos al placer? ¿que tienen de comun nuestros errores y nuestras



calamidades con las virtudes y los hechos de nuestros ascendientes? Mas de lo que pensais, ciudadanos: ellos combatieron por hacer feliz á un pueblo entero; y ya que nosotros apenas hemos podido gozar de la independencia es necesario que nuestros hijos gocen tambien la verdadera libertad: porque no es ser libre estar sufriendo siempre la anarquia de un pueblo desenfrenado, ó el despotismo de una aristocracia egoista é insensible. Ya que tuve la honra de ocupar entre vosotros esta tribuna, os diré la verdad que sepa por si contribuiré en algo al noble fin porque se sacrificaron nuestros mayores: esperad que os hable con franqueza, con toda la sinceridad de un hombre que, por su edad y su posicion social, está libre de las preocupaciones que producen la ambicion ó los intereses, y aunque mis lecciones no sean profundas por falta de esperiencia, puedo ver clara la verdad al traves de la limpia y sosegada atmósfera de mí juventud.

Os dije que nuestros males tenian una causa, y al mostrarosla puede que me acuseis de iluso ó irreverente; mas esto no impedirá que os diga lo que siento. Esta causa perpetua y hasta cierto punto irremediable de nuestras revoluciones y nuestros desórdenes, son los ancianos.... si, ya lo dije, los ancianos: mas no creais que hablo de aquellos ciudadanos nobles que han encanecido sirviendo fielmente á la patria, en cuyas aras sacrificaron su vida y su fortuna; no, enmudeceria primero que profanar el respeto y la veneracion que sus virtudes merecen. Mis palabras se dirijen á aquellos que en vez de darnos lecciones de sabiduria y probidad nos pervierten con malignos ejemplos y nos enseñan con su estraña conducta el camino tortuoso de la corrupcion: porque no es la juventud pacifica, aunque activa en sus empresas la que azuza al pueblo, y le coecha para alentarle á las revueltas; no es la juventud la que frecuenta la alcoba del magnate ó la antecámara del ministro para alcanzar un voto ó concertar una intriga; no es ella, sino la ancianidad preocupada, que despreciando sus deberes por el interes, vacila á cada paso ó cede a la fuerza de sus pasiones favoritas. Ignorantes ademas por falta de principios en su educacion, han cometido el error político

—S—

de asemejar la existencia de la sociedad á la del individuo, y juzgando de las necesidades de aquella por las de este, viven de lo pasado y no piensan en las ecsijen- cias de mañana: para llenar un vacio abren otro en nuestra desconcertada legislacion, y de tropiezo en tropiezo nos han conducido á la difícil situacion en que nos encontramos: en fin, naturalmente egoistas por su edad ¿qué les importa un porvenir que á ellos no les ofrece esperanzas? Contentos con el mando y fiados en una vana prudencia dejan á merced del tiempo nuestro des- tino, sin escuchar consejos que les parece ajan su dig- nidad, ni abandonar sus placeres y su molicie por los árduos y molestos negocios del estado. ¿Qué importa que en pocos años hayamos tenido toda clase de go- biernos, si los hombres que los han formado han sido tan ineptos como los que acabo de bosquejar? Y si alguno se ha levantado entre ellos que, atropellando preocupaciones, se distinguió por la novedad de su ca- rácter y la estension de sus miras, solo esperaron un momento en que le faltó la prudencia, no siempre fiel á los hombres, para amancillar su gloria, llamándole re- volucionario, ambicioso, impío.... ellos que arcabu- cearon á nuestro Libertador, que, como Judas, vendie- ron al campeon valeroso que mantuvo solo la llama de la revolucion cuando estaba prócsima á estinguirse; ellos que por una torpe ambicion sacrificaron á estos dos hombres ilustres á quienes deben mas que la vida, los honores y la libertad de que tanto han abusado.

Mas confesémoslo, no tienen ellos toda la culpa. Nacidos en un país donde la ciencia era su crimen y un defecto la virtud, y educados despues en una época de grandes acontecimientos, tienen mejor organizado el corazon que la cabeza, no pudieron fortificar bas- tante su razon, y estan acostumbrados á sentir sus pa- siones, y no á sujetarlas con el freno de la sabiduria ni siquiera el del respeto: pudieron en el campo de ba- talla formarse buenos generales, acaso buenos políticos, pero nunca prudentes legisladores ni honrados ciuda- danos: no es lo mismo conducir al populacho insurrec- cionado que gobernar á un pueblo cuya índole y ne- cesidades aun no pueden conocerse. Al salir nuestros padres de la servidumbre no conocian del gobierno si-



no la palabra, y al arrojarse en el tenebroso mar de la política, ni tenían rumbo cierto que seguir, ni una nave maltratada y rota por la tormenta podía inspirar bastante confianza á pilotos inespertos, que hartos han hecho con no dejarla estrellar en ignorados escollos. Mas todavía; cuando la nación dijo soy libre, unos pensaron que todo estaba hecho, y se entregaron al reposo; los otros, no queriendo caer en este extremo, corrieron hasta el contrario: cada uno de los dos partidos quiere tener razon y sacar mayores ventajas, y en este continuo oscilar de nuestra balanza política no hemos tenido un momento de sosiego para ocuparnos en el verdadero interes nacional.

Los errores, pues, y las faltas de todos nuestros gobernantes han sido necesarias, como lo es que vacile en el andar un niño que sale de la cuna, y como lo es tambien que un rico pupilo, al sacudir el yugo de una tutela rigurosa, viéndose rodeado de amigos lisonjeros y seductoras cortesanas, cometa crímenes, acaso únicamente por usar de una libertad largo tiempo deseada.

Muchos, muchos males tenemos que llorar; y quien sabe cuantos mas años de discordia nos habrá señalado la Providencia. Pero, y no tendrán término nuestras desgracias? ¿Llegaremos á hundirnos en el abismo antes de hallar remedio? No lo creo, porque no debe ser así; no pienso yo como esos políticos desconfiados que ignorando la naturaleza de nuestros males los juzgan irremediabiles, y no hacen mas que declamar contra el destino abandonándose al desaliento. Para saber si tendrán término algun dia basta recordar las palabras que entre nosotros ha dicho un célebre escritor: (*) „La generacion presente no hará nuestra felicidad” Y esto es indudable; esta generacion no ha comprendido la mision que se le ha confiado; y aun cuando esto no fuese tiene pocos medios para llenarla: su prevision no alcanza mas allá de sus intereses privados, y los colores políticos no son sino divisas que representan por una parte ignorancia y egoismo, por la otra ambicion y desenfreno.

[*] El Sr. Gutierrez Estrada.

—10—

Con tan malos é inoportunos elementos no puede levantarse el edificio social: pero este estorbo á nuestra dicha que hoy no puede removerse, debe desaparecer por su propia naturaleza y entónces será cuando empiece á lucir la aurora de nuestra felicidad. Nuestros males son hijos del tiempo, y no debemos prolongarle mas allá de lo preciso: ya que conocemos la causa evitémosla para lo futuro, y no lo que hoy proviene en mucha parte de las circunstancias, mañana sea obra esclusiva de las personas. Hoy nace para nosotros una nueva obligacion, un deber sagrado, el de preparar el camino á nuestra posteridad; pero no sembrándole con los cadáveres y los despojos de una guerra criminal, sino señalándole con las esquisitas flores de la virtud, y la sabiduria: que Hidalgo é Iturbide no se levantarán de la tumba á echarnos en cara nuestros yerros, pero nuestros hijos vendrán y al ver un campo estéril y cubierto de ruinas nos pedirán cuenta del tesoro que para ellos recibimos de nuestros padres. Virtud y sabiduria: ciudadanos; virtud y sabiduria son los únicos fundamentos de la libertad, y son los altos ejemplos que nos dieron nuestros progenitores. Una república no se forma á fuerza de leyes porque estas se fundan en las costumbres; un pueblo no se corrige con amenazas y castigos, sino con estímulo y lecciones; solo de esta manera puede organizarse una sociedad, y solo hasta entónces puede ser verdaderamente libre; ni puede tener felicidad hasta que se le hayan enseñado las fuentes de donde debe tomarla.

¿Y á quién toca esta enseñanza? A nosotros que, aleccionados por una dolorosa esperiencia, sabemos cuan fatales son los resultados de la desmoralizacion y la ignorancia; á nosotros que, poseyendo el medio de hacer la felicidad futura de nuestro pais, haríamos nulos los costosos sacrificios de la independecia, si malgastásemos por mas tiempo la libertad que á otros debemos en asegurar nuestra fortuna personal, ó satisfacer nuestras encubiertas venganzas.

No estrañeis ciudadanos, que mezcle en mi discurso las alabanzas y las quejas, el encómio y la censura; pero si este es el dia consagrado á glorificar á

— 11 —

nuestros héroes, en el debe escuchar el pueblo la verdad que ha de conducírle á la imitacion de aquellos grandes hombres, que no solo quisieron ser nuestros redentores políticos, sino que al mismo tiempo fueron nuestros mejores maestros. ¡Y qué mayor gloria para ellos y para nosotros mismos que imitar sus eminentes virtudes? En vano en este y otros mil dias un hombre á voz de pregon dirá que fueron grandes, insignes, heróicos los hombres que nos libertaron de la esclavitud; si solo tiene por auditorio un pueblo miserable y corrompido, sus mismas palabras serán una afrenta, ó para aquellos soldados que no tuvieron mas mérito que el estéril valor de dejarse matar por una nacion imbécil, ó para aquellos otros que hijos de padres ilustres no han podido ser despues de muchos años de experiencia sino una raza indigna y degenerada. Si, megicanos, tenemos mucho que aprender de nuestros mayores: no el desprecio de la vida, porque, como dice un escritor frances; (*) la muerte nunca es un impedimento, sino cuando mas una dificultad para el hombre de corazon; pero si su desinterés, su magnanimidad, su prudencia, su firmeza, en fin, la verdadera abnegacion de si mismo, que es el unico origen de todas las virtudes de un ciudadano libre.

Libertad! . . . Oh y cuanto se conmueve el corazon al oír esta palabra! ¡Y cual pecho permanece frio al escuchar su mágico sonido? No, ella no es un nombre pomposo inventado para seducir la imaginacion, no es una voz hueca que nada significa; es la alegría de los hombres, el símbolo de la felicidad, porque ella es el medio de alcanzarla. Sed libres, megicanos, siempre libres á pesar del mundo: jamas un tirano advendizo, ó un hermano desnaturalizado doblegue vuestra cerviz para imponerle un yugo ponderoso. ¡Oh! nunca! nunca! primero morir diez veces en una lucha gloriosa que consentir tamaña afrenta. Pero si la libertad es nuestro norte, que la virtud sea el timon de nuestro combatido bajel, y nunca el borron de la infamia manche la dorada página de nuestra historia que hoy estamos repasando: no esos nombres que tanto vene-

[*] La Bruyère.

—12—

ramos sean mañana la burla de las naciones extranjeras.

Virtud y sabiduría, ciudadanos: estas son las antorchas que deben disipar las tinieblas de nuestro peligroso camino. No apagueis en vuestros pechos el patriotismo y la firmeza que heredasteis y os entregueis al desaliento: si hasta hoy no hemos hecho mas que llorar miserias, nos espera despues un porvenir lleno de dicha y bienaventuranza, un porvenir lisongero cuyas puertas franqueó el inmortal Hidalgo al proclamar nuestra libertad en Dolores. . . . ¡Oh! dichoso, mil veces dichoso el día en que nos hicimos hombres! Dichosa la nacion cuyo primer día de ecsistencia fuè señalado con la mas gloriosa de las hazañas! Pero mas venturosos aun los que sin otra guia que la razon, ni mas apoyo que su constancia, sepan alcanzar su dicha, haciéndose dignos de su libertad y de su gloria! Sí, yo lo espero: llegará un día en que abrumados de felicidad, sin dignarnos siquiera dirigir la vista á las naciones que nos desprecian hoy, podremos decir con orgullo á nuestros padres: vosotros conquistándonos la libertad nos habeis dado el medio; mas nosotros hemos llegado hasta el fin: vednos felices!—*Dije.*